LO BUENO, LO MALO Y LO FEO

MARCOS NOVARO

LO BUENO, LO MALO Y LO FEO

Dos años con Milei

edhasa

Novaro, Marcos
Lo bueno, lo malo y lo feo / Marcos Novaro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2025.
160 p. ; 22,5 x 15 cm.

ISBN 978-987-628-793-7

1. Historia Política Argentina. 2. Ensayo Político. I. Título.
CDD 320.0982

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: octubre 2025

© Marcos Novaro. 2025
© de la presente edición Edhasa, 2025

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.com.ar

C/Diputació, 262, 2º 1ª, 08007, Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.es

ISBN: 978-987-628-793-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Talleres Gráficos Porter S.R.L.

Impreso en Argentina

Esta edición de 2.000 de *Lo bueno, lo malo y lo feo*, de Marcos Novaro, se terminó de imprimir en Talleres Gráficos Porter S.R.L., en octubre de 2025

Índice

Presentación: ¿Perro que ladra no muerde? 11

Capítulo 1. Lo bueno, lo malo y lo feo. ¿Puede la estabilización sobrevivir al extremismo mileista?..... 21
Capítulo 2. Un populismo radicalizado de derecha, ¿peor que los de izquierda?..... 51
Capítulo 3. Recorriendo las políticas mileistas: pragmatismo e ideología en las decisiones de gobierno..... 97
Capítulo 4. Un peligro si le va bien, otro igual o peor si le va mal. ¿Hay forma de salir bien parados del experimento mileista?..... 131

Agradecimientos..... 153
Bibliografía..... 155

Para Valeria,
inspiradora de estas páginas aunque le cueste creerlo.

Presentación

¿Perro que ladra no muerde?

Javier Milei fracasó en estos dos primeros años de gobierno en pintar el país de violeta: en el esfuerzo por deglutirse a sus aliados y no ceder en nada, terminó debilitando a quienes le habían acercado apoyos moderados (macrismo, radicales "peluca" y peronistas disidentes, etc.) y convirtiendo en adversarios a muchos de quienes querían colaborar al menos parcialmente con algunas de sus políticas (la mayoría de los gobernadores). Y desde mediados de 2025 pagaría esos errores con duras derrotas: los recursos que pretendió ahorrarse, al cerrar las ventanillas de negociación con esos gobernadores y con el Congreso, que en 2024 le habían permitido aprobar sus proyectos más importantes, los perdió con creces cuando el Congreso empezó a votarle todo en contra, los mercados empezaron a desconfiar de su capacidad de controlar la situación, el dólar entonces presionó al alza y Economía debió poner las tasas de interés por las nubes para frenarlo, liquidando una recuperación económica que era vital tanto para sostener el superávit fiscal como las chances del oficialismo en las elecciones legislativas.

Sus sueños refundacionales, y la consecuente pretensión de gobernar de la manera más solitaria que le fuera posible y resolver todos los problemas del país y de su gestión con más y más polarización, lo llevaron por mal camino: propios y extraños fueron advirtiendo, algunos un poco tarde, que todo eso, a la corta o a la larga, le saldría muy caro, porque Argentina es cualquier cosa menos un país que pueda darse vuelta como a una media.

Pero pese a todo esto, ¿no hay que reconocer también que este gobierno logró sostener su plan de estabilización bastante mejor de lo que cabía esperar al comienzo del mandato?, ¿no sorteó acaso durante un buen

tiempo y en muchos asuntos delicados la muy desfavorable relación de fuerzas con que debió lidiar en el Congreso? ¿Y no logró también retener buena parte de sus apoyos iniciales, al menos los de su base más firme, el tercio de votantes que no quiere saber ya más nada con la vieja dirigencia partidaria? ¿Cómo lo hizo? La respuesta corta es: porque una porción suficiente de la sociedad, y una menor pero también suficiente de la política, ponen en la balanza lo bueno y lo malo de su liderazgo, sus propuestas y los cambios que busca introducir su gobierno, y valoran más lo primero que lo segundo. Sencillo.

Aunque para que así sea, también han debido intervenir otras cuestiones. Para empezar, que muchos no valoran en igual medida las alternativas, en las que ven más de lo malo y menos de lo bueno. Y además, que algunas de las cuestiones que suelen considerarse malas en un gobierno, como su discrecionalidad, la agresividad hacia los adversarios o la brutalidad y desprolijidad con que instrumenta sus políticas, consideradas "feas" por muchos, pero inevitables, dadas las urgencias que impone la situación de crisis, la belicosidad de esos adversarios, etc.

Y es muy evidente que en el caso de Milei y los libertarios hay mucho de esto último: no es que ellos generen tanta identificación y consenso como que se los considera el remedio amargo y desagradable que hay que soportar para curar una enfermedad que se arrastra desde hace demasiado tiempo. Son el costo que hay que pagar para evitar males mayores. Un costo que se suele relativizar o minimizar para volverlo más tolerable: se lo reduce a un "estilo", un desborde o "locuras" que amenazan, pero sin concreción.

Porque Milei ladra mucho, pero no muerde. O casi.

Un clavo que sirve para sacar otro clavo

Hay quienes celebran la aparición de Javier Milei y su llegada al poder como una bendición. Y están los que las consideran la peor de las desgracias. Para unos y otros este libro puede que tenga poca utilidad, y menos atractivo. No los ayudará, al menos, a confirmar sus inclinaciones.

En una situación de tan intensa polarización como la que vivimos puede que los argumentos que siguen no tengan, además, demasiada utilidad

práctica. Porque, como muestran las encuestas y los recientes resultados electorales, una gran parte de los argentinos se reparte entre los dos grupos recién mencionados: o prefiere comprar el paquete como viene o rechazarlo de plano; en suma, el país parece dispuesto a elegir entre extremos y no querer saber de medias tintas.

En verdad, los moderados están en aprietos en casi todos los lugares del mundo en estos días. Argentina es apenas un ejemplo más de esta moda global. Milei mismo y su motosierra, su grito de guerra y sus expresiones, gestos y actitudes virulentas, como bien se sabe, son todo un símbolo del estilo político al que tienden a adaptarse, para bien o para mal, muchas democracias de todas las latitudes.

Dada su indiscutible potencia para generar aceptación o rechazo, tal vez solo comparable a la que unas pocas figuras mundiales han sabido generar, y compitiendo de igual a igual con los argentinos hasta hoy más famosos y controvertidos —como el papa Francisco, el Che Guevara, Eva Perón—, ¿cómo sustraerse a su influjo polarizador?, ¿cómo negarse a sometérsele o repudiarlo? Y además, ¿para qué hacerlo? ¿Para ser despreciados por tirios y troyanos, y que nos vomiten los dioses de ambas feligresías?

Y, sin embargo, no es que Milei no genere muchas dudas incluso entre la mayoría de quienes lo han votado y respaldan sus políticas más relevantes. Lo que sucede es que la amplia mayoría de ellos prefiere poner esas dudas en suspenso, de momento, al menos callarlas, acompañar y dejar hacer. Por el riesgo que supondría otro fracaso, y volver atrás. Y porque no se ven alternativas mejores.

Sumemos que, pese a todo lo anterior, y a dos años de iniciado el gobierno de La Libertad Avanza, no es tan irrelevante el número de quienes siguen boyando en el centro, sin saber muy bien qué hacer. Pese a que ese espacio "moderado" se ha vuelto bastante inhóspito, un poco tierra de nadie, y sus expresiones son ahora dispersas y confusas. Porque a quienes allí pululan los traicionan a cada rato sus propios juicios. Un día ven el lado bueno y al siguiente el malo; por cada anuncio, reforma o iniciativa que despierta simpatía o interés y se ve con cierto optimismo, aparece otro proyecto, discurso o propuesta que genera recelo o espanto. Y peor, lo que en un momento atrae, a poco de avanzar se les revela inconveniente o incluso inaceptable. Es tan ni chicha ni limonada ese juicio que puede que merezca realmente que lo vomite Dios.

Porque, la verdad es que la moderación parece haber dejado de ser una guía confiable para orientarse en el mundo y en la Argentina actual. Un día invita a temer lo que pueda resultar de que a Milei le vaya bien. Y al día siguiente le aterra la perspectiva de que le vaya mal. ¿Sus opciones se reducen ya a no saber a cuál de sus miedos hacerle caso?, ¿o es que, además de que los problemas y la situación son difíciles de juzgar, se los está pensando mal?

Puede que este libro sea de alguna ayuda para esos sectores que cultivan el desacreditado oficio de la duda, ciudadanos dubitativos o desorientados y que están en riesgo de sentirse merecedores del vómito de los dioses. Y los ayude, si no a resolver sus dilemas, al menos a pensarlos mejor, distinguiendo lo bueno, lo malo y lo feo. Y también a valorar, con cierto grado de realismo, las chances de que lo bueno, y no lo malo o lo feo, moldee la política y defina el legado de este tiempo.

En primer lugar, esto serviría para no entusiasmarse con lo que no lo vale, ni desestimar desde el vamos cosas que pueden ser de utilidad. Pero sobre todo para no dejarse llevar en un caso ni en el otro por los polos más convencidos, entusiasmados y seguros de sí mismos. A los que, convengamos, no hace falta que nadie les escriba argumentos, explicaciones, ni les dé más razones de las que ya tienen para seguir adelante con sus respectivos entusiasmos.

En esta tarea de separar la paja del trigo del fenómeno mileista el primer contrincante es, claro, el propio Milei, que tiene una visión religiosa, maniquea y desorbitada de su propio rol. Y le sigue el coro de aplaudidores y exégetas oficiales, que repiten hasta el cansancio sus fórmulas salvíficas.

Frente a ellos va a ser necesario marcar algunos puntos de desacuerdo desde el vamos. Para adelantar, destacan al menos tres que retomaremos en las páginas que siguen. Primero, Milei no cayó del cielo, aunque él quiera hacérnoslo creer. Es el emergente de un largo ir y venir de proyectos a favor de los mercados, la estabilidad monetaria, la apertura al mundo y la reforma del Estado, de un campo muy diverso de actores con los que, mal que le pese, va a tener que convivir, porque no todos ellos son absorbibles por su partido. Segundo, Milei es un populista y no un liberal en casi todos los asuntos políticos, institucionales y culturales en juego en nuestros días. Y si bien eso lo ha ayudado a capturar parte del electorado tradicionalmente reacio a las ideas liberales y a la estabilización económica, lo empuja a abrir

conflictos que discriminan mal en sus propias bases de apoyo, que en muchos casos consideran, con bastante razón, que sus soluciones extremistas son inconvenientes y/o destructivas. Y tercero, que además de desmontar reglas e instituciones fallidas, Argentina necesita reconstruir un aparato estatal hoy muy debilitado, aunque sea para gobernar la economía con reglas generales y consistentes, y hacer social y políticamente sostenible el proyecto promercado, por lo que centrarse solo en la "destrucción del maligno" es inconveniente. Finalmente, ya el kirchnerismo hizo todo lo que había que hacer para desarticular y deslegitimar al monstruo estatal que él mismo prohijó. Lo que hace falta ahora es, además de terminar de sincerar ese desastre y saldar cuentas con los infinitos negocios, corporaciones y privilegios que florecieron a la sombra de ese proyecto, reconstruir poder y regulaciones estatales.

Sucede también que, en cuanto se formulan este tipo de objeciones, y esto lo hemos visto hasta el cansancio durante los últimos dos años, los voceros del kirchnerismo proclaman: "Exactamente eso es lo que vamos a hacer si frenamos a Milei, aceleramos su fracaso (por otro lado, inevitable) y volvemos al poder".

Eso de "volver mejores" ya lo escuchamos unas cuantas veces últimamente. ¿Hay algún aprendizaje en curso en el espectro de la izquierda populista que rechaza a Milei, en su dirigencia y sus intelectuales, sobre su propia experiencia en el gobierno que haga creíble esa promesa, al menos un poco más creíble de lo que fue cuando la plantearon para frustrar la reelección de Mauricio Macri? No parece haber mucho. Al contrario: Milei se ofrece como una excelente excusa para ni siquiera simular que lo hay, de tan espantoso y amenazante que resulta como enemigo.

Porque, dado que enfrente hay un pichón de fascista, ¿qué sentido tendría revisar el comportamiento adoptado hacia algo tan banal como el déficit fiscal o como las "negociaciones incompatibles con la función pública"? Y si el déficit fiscal y la inflación le importan tanto a un extremista como Milei, ¿quién que no lo sea podría considerarlos asuntos que merezcan atención? La polarización también sirve, de ese otro lado del espectro, para ratificar creencias y preservarlas de toda crítica.

En lo que no hay, por cierto, tampoco mucha novedad: siempre ha sido muy común en ese espacio político buscar excusas para no reflexionar sobre sí mismo, y no sacar lecciones críticas de lo que se hizo y se hace;

siempre enemigos horribles –que permiten minimizar o ignorar los propios vicios– han estado disponibles para sostener la autoimagen que se prefiere celebrar.

Así hicieron contra Macri, que era ya "la dictadura", antes contra el ruralismo y los medios independientes, que fueron también la dictadura, sus "fierros" y sus "grupos de tareas", y un poco más atrás con Menem, el *summum* del mal y la "prolongación de la dictadura". Por algo Milei pudo hacer durante un buen tiempo, sin pagar mayores costos, ostentación de extremismo: sabe perfectamente que a sus críticos kirchneristas les está pasando como al pastorcito de la fábula... tantas veces gritaron "lobo", tanto tiempo vivieron de la polarización, que ya nadie se toma en serio sus señales de alarma. Y bien merecido se lo tienen.

Si alguna novedad introduce al respecto el fenómeno libertario, en este juego de espejos con que conciben la política argentina el kirchnerismo –y más en general, las izquierdas y el progresismo argentinos–, es que ejerce tan morboso atractivo en estos dirigentes e intelectuales, es tan abierta y declaradamente "el enemigo soñado" para ellos, porque resume todo lo peor, la amenaza fascista encarnada, que los disculpa por completo de hablar siquiera de sí mismos. No por nada han proliferado en los últimos años, provenientes de esos círculos, todo tipo de producciones académicas, periodísticas y artísticas abocadas a denunciar, "explicar" y combatir a las "nuevas derechas" y el "neofascismo", mientras que de ellos han surgido muy pocos argumentos o ideas que reflexionen sobre lo que significaron veinte años de políticas kirchneristas. Motivo suficiente para dudar de que de esta competencia que ese sector nos plantea entre "demócratas y autoritarios" pueda resultar algo mejor, de su parte, de lo que ya ofrecieron cuando tuvieron oportunidad.

Ni siquiera el líder hasta aquí más efectivo en plantarse frente a Milei, Axel Kicillof, ha logrado superar ese estadio negativo y reiterativo: su lema fue "frenar a Milei", y si bien reconoció que la irrupción electoral del mileismo se originó en el pésimo gobierno peronista que lo precedió, hasta aquí no ha explicado ninguna de las razones de ese fracaso, ni tampoco escribió una sola estrofa de las "nuevas canciones" que propuso entone el peronismo para proyectar una economía y un país distintos. Tal vez porque sus ideas al respecto revelarían lo mucho que lo emparentan con el fracaso.